

1.- Comentario a las lecturas. Este domingo las lecturas siguen hablándonos de cómo hemos de vivir este tiempo litúrgico del Adviento: con alegría y espíritu de conversión. A este tercer domingo se le llama precisamente, Domingo de la Alegría. La alegría nace del corazón que ama, por eso en este día se nos invita a amar, pero no de forma romántica o teórica si no con actos concretos de caridad con el prójimo.

Porque eso celebramos en la Navidad: el amor de Dios a los hombres, que no lo hizo con discursos bonitos, como decía, si no haciéndose hombre como nosotros. Lo que hizo Dios con la Humanidad se puede comparar a una persona que al ver el sufrimiento y pobreza de los hombres de un país lejano decide irse a vivir con ellos y experimentar en carne propia su pobreza y miserias para acompañarlos y consolarlos.

Dios te llamó un día para que encontrases el consuelo y la paz, pero ahí no queda la cosa, te dio a experimentar todo su amor y generosidad para que tú, luego, la dieras a los demás. Por eso, una vez que has experimentado el amor de Dios no te puedes quedar sentado tan tranquilo viendo como los demás sufren sin sentido. Lo expresa S. Pablo cuando dice: "... Cristo... murió por todos para que no vivan para sí los que viven, sino para Aquel que murió y resucitó por ellos (2 Cor 5, 15).

Por eso, si queremos vivir esta Navidad con verdadera alegría tenemos que entrar en comunión con Dios; pidámosle, por tanto, amar como Él que vino perdonando sin juzgar a nadie ni echando en cara nada; y motivos tenía de sobra... Esto se concreta reconciliándonos con los demás, y pidiéndole el corazón inocente y puro de un niño.

2.- Sugerencias para el diálogo. 1º ¿Que puedes decir del texto de S. Juan: "No améis de palabra si no con obras y en verdad" ?; 2º ¿Qué obras de amor concretas ves que te está pidiendo el Señor para llegar preparado a la Navidad?; 3º ¿Le pides al Señor que te dé un corazón puro?

3.- Oración.

Padre, me declaro culpable, pido clemencia, perdón por mis pecados.

Me acerco a ti con absoluta confianza porque sé que tú prefieres la penitencia a la muerte del pecador. A ti no te gusta ni la venganza ni el rencor, tu corazón es compasivo y misericordioso y sé que sólo estás esperando a que tenga la humildad de reconocer mi pecado, arrepentirme y pedir perdón para desbordar la abundancia de tu misericordia.

"Cuando confesamos nuestros pecados, Dios, fiel y justo, nos los perdona" (1 Jn 1,9)

Miro al horizonte: veo tus brazos abiertos y un corazón de Padre queriendo atraerme con lazos de un *amor* infinito.

Padre, perdóname, quiero recibir el abrazo eterno.

Tu enseñanza es muy clara: para ser perdonados y poder entrar en el Reino de los cielos debemos tener un Corazón como el tuyo.